

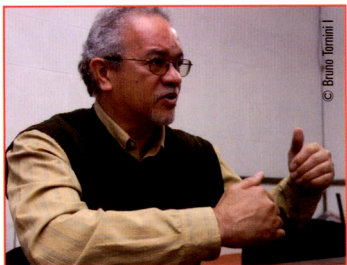
MODESTO EMILIO GUERRERO

CHAVISMO SIN CHÁVEZ

La lucha por el poder
en tiempos de la transición



EDICIONES B
Literaria García Castero



Modesto Emilio Guerrero es autor de una docena de obras sobre América Latina, biografías, ensayos sobre periodismo y un texto de relatos, cuentos y poemas. Fue diputado electo en 1983 en su país, Venezuela.

En 2012 ganó el **Premio Nacional de Literatura Stefanía Mosca, género Crónica**, por la biografía *Reportaje con la Muerte* (publicado por Ediciones B en 2002), otorgado por la Fundación para la Cultura y las Artes, de la Alcaldía de Caracas. Esta obra fue llevada al cine en Buenos Aires bajo el título *Aunque me cueste la vida* (AdoquínVideo, 2009).

¿Quién inventó a Chávez? (Ediciones B) es su trabajo biográfico más conocido y vendido en América Latina, actualizado y ampliado en 2013 bajo el título *Chávez, el hombre que desafió a la historia* (PeñaLillo/Continente). Su escrito *12 dilemas de la revolución bolivariana*, editado en Caracas en 2010, con cuatro ediciones simultáneas, fue el libro político más comprado en la Feria Internacional del Libro de Venezuela. En 2011 fue reconocido con el Premio de Ensayo Gustavo Machado.

Escribe columnas para *Página 12*, *Perfil*, *Miradas al Sur*, *Aim.info* (Argentina), *Época* (Bolivia),

Continúa en solapa de contratapa

Liberación (Uruguay), *Rebelión* (España). Entre 1995 y 2000 dirigió y tres medios bilingües especializados en Mercosur: *Fundación*, *Comersur* y *Mercosur.com*. Es profesor de historia latinoamericana de la Universidad de Avellaneda y fundador del diario digital *Mercosur&Venezuela.com*. Desde el año 2002 ha pronunciado más de mil de conferencias en Argentina, con invitaciones a Noruega, Chile, Brasil, Uruguay, Paraguay y Venezuela.

En las décadas de los años 70 y 80 fundó sindicatos y dirigió huelgas con ocupación en el Estado Aragua, algunas con ocupaciones fabriles por las que fue enjuiciado. Actuó en las insurrecciones del *Caracazo* (1989), en el *Argentinazo* (2001-2002), en la huelga general de Colombia (1976) y en los sindicatos del PT en Sao Paulo (1991). Vive en Argentina desde 1993, donde se especializó en análisis de la información internacional.

INTRODUCCIÓN

El futuro del chavismo está contenido en su pasado y su presente, sin olvidar las raíces que lo hunden en la historia rebelde de los movimientos nacionalistas que lo precedieron incluso desde el siglo XIX. La ecuación chavista, sin la cual nada es comprensible en su destino, se compone del líder, el ‘partido militar’ y el movimiento social que lo sostiene.

El 5 de marzo, la muerte del comandante-Presidente aceleró todos los procesos institucionales y sociales en la sociedad venezolana, y convirtió la transición que venía teniendo lugar en un asunto decisivo para la República Bolivariana.

El sistema político construido en Venezuela en casi catorce años, centrado alrededor de la figura presidencial, dejó de existir el 5 de marzo, aunque su expiración fue paulatina desde el 8 de diciembre de 2012.

Todo está por verse, aunque algunas perspectivas puedan vislumbrarse. En el centro de esa transición está el líder político de origen militar que más ha desconcertado a Washington y seducido a la izquierda internacional, desde los tiempos de Fidel Castro.

En América Latina y más allá circularon escritos, reportajes y opiniones que relacionan el primero y el tercero de los factores de la ecuación bolivariana, y descuidan el segundo. Sin embargo, ninguno de los tres factores tiene autonomía absoluta. La relación entre ellos es tan sincrónica como relativa. Sus vínculos suelen ser dinámicos, a veces contradictorios. Desde que el líder bolivariano comenzó a estar en peligro, los tres factores mantuvieron

una convergencia inesperada para muchos, sobre todo para sus enemigos, que hablaron de “explosión del chavismo”. Desde el 5 de marzo, sus dinámicas por separado y en su conjunto se aceleraron en términos absolutos.

El sábado 23 de febrero brotó en los mentideros caraqueños la versión de que el ministro de Defensa le habría hecho un planteo militar al vicepresidente Nicolás Maduro y su equipo gobernante. De las versiones aparecidas en la prensa internacional, tomamos esta:

Según esos rumores, el ministro de Defensa, Diego Molero Ballavia, le habría exigido al Ejecutivo que informe la verdad sobre el estado de salud de Chávez. La versión añadía que el vicepresidente Nicolás Maduro le exigió la renuncia y eso fue lo que disparó la supuesta inquietud en Fuerte Tiuna, la mayor guarnición de Caracas.” (*Clarín, La salud de Chávez: surgen graves contradicciones en el gobierno venezolano*, Ludmila Vinogradoff, Caracas, 23 febrero 2013)

Aunque ninguno de los rumores pasó de ser eso, un *run run* de los acostumbrados aprovechado por medios enemigos del Gobierno para titular sus informes, sobre la base de matices en las declaraciones oficiales acerca del estado clínico del Presidente. Lo sorprendente es que en ese escenario, los titulares hicieron aparecer dos cosas correlacionadas en la historia social: el miedo y el ‘partido militar’. El sábado corrieron por los celulares las preguntas y las dudas, como la polvareda después de una estampida. Una de esas dudas llegó hasta nuestros celulares de Buenos Aires, y decía: “Se habla de preparativo de golpe, pero no de la derecha”.

Aunque esa versión resultó una falacia periodística, hubo un dato nuevo en el lenguaje gubernamental aparecido el día 5 de marzo, dos horas antes del anuncio del deceso del Presidente. En la conferencia de prensa de las dos de la tarde, con todo el poder

político, social y militar presentes en la pantalla, Nicolás Maduro usó el término: "Dirección política militar del Gobierno". Esa expresión adquiere valor de novedad absoluta en discurso y posiblemente marca un cambio en el rumbo de la transición y el armado de la nueva gobernabilidad. Una dirección compartida entre ambas fuerzas, a falta del hombre que la contenía en su sola existencia. Al ser un elemento nuevo, habrá que esperar su desarrollo para verificar su diagnóstico.

El desarrollo de esta transición política, medida entre la enfermedad del líder y la forma institucional que resulte, despierta pronósticos que van de lo más tradicional a lo más novedoso y desconocido. El chavismo no tiene su final escrito en algún manual de historia latinoamericana.

El original desarrollo de este movimiento impulsó una nueva política latinoamericana, muchas veces de alcance internacional, como la lucha contra el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) de la que resultó la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la única entidad subregional que —aun integrada por nueve estados pequeños— cuestiona a Estados Unidos como el imperio dominante del hemisferio. La Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), o el Banco del Sur, Telesur y PetroCaribe son algunas de esas expresiones de la nueva Latinoamérica, cuyo motor o iniciador ha sido el Gobierno bolivariano de Hugo Chávez. De algo similar no había noticias en el continente.

Lo particular es que se trata de un movimiento originado en las Fuerzas Armadas venezolanas en 1982. A diferencia del castrismo, el guevarismo, el sandinismo o el zapatismo, o del Movimiento sin Tierra de Brasil o los indigenismos de Bolivia y Ecuador, en el chavismo el 'partido militar' constituye una presencia latente del movimiento. Esa impronta nace con el líder, pero no termina con él.

Desde su pronunciamiento con alientos redentores en 1992, tras una rebelión militar fallida, un coronel llanero de verbo suelto

y pensamiento rápido pronunció las ciento sesenta palabras más reveladoras en los últimos tiempos de la política latinoamericana.

La amenazante expresión “por ahora”, dicha casi al final de esa breve alocución televisiva con la que llamaba a sus camaradas a la rendición aquel 4 de febrero, se convirtió en pocas horas en un remolino de sensaciones en la sociedad venezolana. Algo muy extraño, con halo misterioso y providencial, había aparecido en el país. Y Hugo Chávez, desde su sorprendente y brevísima aparición por los canales como preso del Gobierno, fue transformado por la gente en la imagen proyectada de sus angustias más ocultas. Había nacido un mito social.

En pocos años, sobre todo desde 2002, el mundo vio impávido que aquel coronel convertido en político izquierdista pasó a ser la figura más fulgurante del nuevo antiyanquismo continental, y, desde 2005, el nuevo profeta del socialismo del siglo XXI.

A partir de 2011, el chavismo ha comenzado un nuevo ciclo vital de su existencia. El nudo que permite desenredar la madeja de su actual evolución ha sido la grave enfermedad presidencial. El chavismo está puesto a prueba desde ese año. Toda la estructura y sensaciones de su sistema político se han conmovido, y, tanto en las alturas del poder como en el partido y el movimiento, sus piezas han comenzado a desplazarse.

El movimiento no es explicable sin la implosión de la Unión Soviética y la avasallante implantación del neoliberalismo en América Latina. El gobierno de Carlos Andrés Pérez, contra el que se rebeló Hugo Chávez en 1992, fue su expresión local en Venezuela, como lo fueron en Argentina Carlos Menem desde 1989, en Brasil, Collor de Melo desde 1990 o Salinas de Gortari en México.

La insurrección militar dirigida por Chávez fue una de las once revueltas conocidas contra las políticas neoliberales entre 1990 y 1998.



CHAVISMO SIN CHÁVEZ

MODESTO EMILIO GUERRERO

En 1992, después de una fallida rebelión militar contra el gobierno del presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, el coronel Hugo Chávez Frías fue encarcelado por dos años. En una breve aparición televisiva cuando conminó a sus camaradas a rendirse, dijo: *Por ahora*. Esas dos inquietantes palabras prefiguraron el nacimiento de uno de los líderes mundiales sobre quien recayeron todas las miradas. Seis años más tarde, en efecto, Chávez fue elegido presidente de Venezuela. La Revolución Bolivariana había llegado al poder, el poder de ser elegido por el pueblo. A la sombra de su verbo suelto y pensamiento rápido, Latinoamérica y sus gobiernos de turno volvieron a crear y creer en políticas de inclusión y desarrollo que habían quedado truncadas en los revulsivos setenta.

Ahora, mientras todavía no se acallan las voces de dolor por su desaparición, Venezuela se enfrenta a un interrogante mayúsculo. En la transición juegan actores de peso, propios y ajenos, para definir el futuro de la Revolución Bolivariana, del Movimiento Bolivariano Revolucionario —del que fue cofundador el estadista desaparecido— y del llamado partido militar. *Chavismo sin Chávez* explora y ahonda en esta nueva realidad venezolana.

El periodista Modesto Emilio Guerrero analiza y reflexiona en perspectiva la vida política de Venezuela sin la presencia de Hugo Chávez.